



Monika Zgustova

Vestidas para un baile en la nieve



MONIKA ZGUSTOVA

Vestidas para un baile en la nieve

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2017

© Monika Zgustova, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 17595-2017
ISBN: 978-84-17088-14-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Olga, mi madre,
que me empujó a escribir este libro,
porque ella también fue superviviente
de los totalitarismos del siglo XX*

De madrugada vinieron a buscarte.
Yo fui detrás de ti como en un duelo.
Lloraban los niños en la habitación oscura
y el cirio bendito se extinguió.
Tenías en los labios el frío del icono
y un sudor mortal en la frente. No olvidaré.

ANNA AJMÁTOVA, *Réquiem*

PRESENTACIÓN

Un viaje a Moscú

En septiembre de 2008 viajé a Moscú. Una vez allí, un escritor amigo, Vitali Shentalinski, me propuso que le acompañara a una reunión de antiguos presos del gulag. No había conocido a nadie que hubiera estado encerrado en el gulag, aunque sabía que el régimen de terror de Stalin suele denominarse «el otro Holocausto», porque durante los veinticuatro años de su gobierno perecieron muchas más personas que los judíos que murieron en la Alemania nazi. De modo que asentí.

En lugar de encontrar sombras sin vida, según me había imaginado a los ex prisioneros, los que acudieron eran mujeres y hombres vitales a pesar de ser mayores y de medios modestos. Me sorprendió ver a muchas mujeres, un gran porcentaje de las cuales eran judías, en aquella velada literaria y política. ¿Cómo habrían sobrevivido en aquellas condiciones tan crueles?, me preguntaba mientras las escuchaba recitar sus poemas y leer sus cuentos y ensayos. Entonces decidí que no me iría de la capital rusa sin entrevistar a varias personas.

En la reunión me presentaron a Semión Vílenski, también ex preso –y judío, como una parte desproporcionada de los prisioneros–, que disponía de archivos literarios de los textos en prosa y sobre todo de los poemas que se compusieron en el gulag. «Los prisioneros no pudieron escribirlos –precisó Vílenski cuando al día siguiente lo visité en su piso en las afueras de Moscú–, porque por regla general estaba prohibido anotar cualquier cosa fuera de un par de cartas por año a la familia. No solían tener papel ni lápiz. De modo que creaban

los poemas en su cabeza y los memorizaban. Conozco a algunos que guardaron en la memoria decenas de miles de versos. No los olvidaron; a la vuelta del gulag los transcribieron.»

Entonces empecé a intuir el poder mágico que tiene la belleza para una persona humillada y anhelé descubrir más cosas sobre los que tuvieron que pasar años o décadas en los campos de trabajos forzados. Semión Vílenski me proporcionó varios nombres y teléfonos: «Todas ellas son mujeres muy cultas –me dijo–. En sus casas encontrará buenas bibliotecas y obras de arte. La mayoría de las personas que sobrevivieron eran personas con cultura. O dicho de otra manera: la cultura ayudó a la gente a sobrevivir».

Para llegar a sus apartamentos situados en los enormes bloques de pisos de paneles prefabricados llamados *jruschovki*, era preciso coger el metro y luego el tren o el trolebús. Allí, en la periferia de la capital, las ex presas políticas me recibieron con la proverbial hospitalidad rusa. Nunca rehabilitadas del todo, recordaron los años de su cautiverio no solo con horror: varias de ellas me confesaron que sin esa experiencia, su vida hubiera resultado incompleta.

Me costó entenderlo. Primero pensé que defendían su juventud en el gulag porque no tuvieron otra. Pero a medida que la conversación avanzaba y me mostraban sus fotos y sus libros (Semión Vílenski tenía razón: todas ellas erigieron en sus humildes pisos unas bibliotecas admirables) lo fui comprendiendo. Lo que esas mujeres encontraron de excepcional en el gulag fue la amistad: una amistad invulnerable, abnegada, firme.

La amistad y la literatura fueron los dos refugios de las mujeres rusas desterradas.

Zayara Vesiólaya me enseñó pequeñas libretas hechas a mano: la poesía que se escribía en el gulag. «Puesto que los libros estaban prohibidos, por las noches recitábamos de memoria esos poemas que habíamos compuesto algunas de nosotras; preferíamos dormir menos y humanizarnos, elevarnos con la poesía», me explicó Zayara.

Me acordé de sus palabras cuando, unos años más tarde, visité en París a Irina Emeliánova, la hija de Olga Ivínskaya, que fue el último amor de Borís Pasternak y en quien este se inspiró para crear el inmortal personaje de Lara, la heroína de *Doctor Zhivago*. Irina me contó que, tras la muerte de Pasternak, tanto su madre como ella habían ido a parar al gulag. Allí Irina se enamoró de un preso, traductor de poesía, y los dos enamorados se comunicaban ocultando poemas entre los ladrillos del muro que separaba el campo de las mujeres del de los hombres. Él le dejaba poesías propias o francesas; ella, poemas de Pasternak en minúsculos trozos de papel.

Valentina Íevleva, actriz que había pasado ocho años en el desierto helado de Kotlas, por ser hija de un «enemigo del pueblo» (a su padre lo fusilaron en los años treinta), compartió conmigo un recuerdo. Una vez, tras una brutal paliza que le infligieron los guardianes del campo, tuvieron que intervenirla en una mano. En la barraca de la enfermería encontró por milagro un libro: *Guerra y paz*. Era el primero que tocaba en muchos años. Mientras se recuperaba de la operación lo leyó a escondidas y, tan pronto lo acababa, volvía a empezarlo con avidez. Así, a falta de otros libros, leyó la novela de Tolstói cuatro veces. Al salir del gulag, la habitación que alquilaba se llenó de libros hasta el techo: «Me pasaba los días y las noches leyendo. Era insaciable –confesó Valentina–. Puesto que después del gulag no pude rehacer mi vida (la gente desconfiaba de una antigua presa), los libros dieron sentido a mi existencia». La vida de Valentina me pareció tan curiosa que decidí novelarla en mi libro *La noche de Valia* (2013).

Galia Safónova es más joven que las demás: nació en un gulag siberiano en los años cuarenta. Puesto que el barracón que compartía con su madre y otras presas era lo único que conocía de pequeña, lo vivía como algo natural. Y hasta hoy conserva los libros que las presas confeccionaron para ella. Tomé uno al azar, *Caperucita roja*: papeles de distinto tamaño, cosidos a mano; en cada página, dibujos hechos con lápices de colores: Caperucita con su cesto de regalos, el lobo

con la abuela, Caperucita con el lobo disfrazado... y el texto del cuento inscrito con pluma. «¡Qué feliz me hizo cada uno de esos libros! –exclamó Galina–. De niña esos fueron mis únicos puntos de referencia culturales. Los he guardado toda la vida; ¡son mi tesoro!»

Elena Korybut-Daszkievicz Márkova, que había pasado más de diez años en unas circunstancias especialmente duras en las minas de Vorkutá, en la tundra que queda mucho más allá del círculo polar, me enseñó un libro de Pushkin adornado con antiguos grabados e impreso en 1905. «En el campo, este volumen de procedencia desconocida pasó por centenares, tal vez miles de manos. Los libros tienen sus vidas, sus historias y destinos, igual que los hombres. Nadie puede imaginarse lo que para los presos significaba un libro: ¡era la salvación! ¡Era la belleza, la libertad y la civilización en medio de la barbarie!»

Hubo muchos extranjeros en el gulag. En 2013 aproveché un viaje a Londres para entrevistar a una representante de ese extenso grupo, la polaca Janina Misik. Su historia es una más entre las de decenas de miles de familias que fueron arrestadas en la parte de Polonia que hoy pertenece a Bielorrusia y enviadas a Siberia, y que luego se desplazaron a pie a través de Rusia hacia el sur, Uzbekistán, para refugiarse en Persia e Israel. Finalmente, un barco las llevó a todas a Gran Bretaña.

Aunque en el proceso de prepararme para escribir estas páginas he leído obras de no ficción diversas sobre el gulag, me gustaría que el lector de este libro fuera descubriendo el tema a través de las narraciones de esas nueve mujeres inteligentes, sensibles y fuertes que tuve el honor de entrevistar y que reviviera con ellas sus vidas y las de sus compañeras, tan ricas en acontecimientos y en aprendizaje. Conversando con «mis» mujeres me di cuenta de la gran fortaleza que esconde el ser humano y de que no hay situación, por terrible que parezca, a la que no se pueda sobrevivir.

MZ, Barcelona, mayo de 2017

La mujer de Lot Zayara Vesiólaya

I

Zayara Vesiólaya. Este es el nombre que llevo escrito en un trozo de papel cuando me dirijo a la primera entrevista con una mujer que estuvo en el gulag. Subo al metro en el centro de Moscú, en Maiakóvskaya, cerca del lugar donde me alojo. Bajo casi en la última estación, en la periferia, y al salir de la boca del metro me parece que me encuentro en otro país que no tiene nada que ver con el centro de Moscú: me rodean rótulos chillones de tiendas y de cines, a mi alrededor se erigen bloques de pisos prefabricados que parecen a punto de caerse, además de paradas de fruta o de comida de las repúblicas asiáticas de Rusia. Me hallo en una avenida ancha, construida en la época de Jruschov.

Las hojas de los árboles empiezan a teñirse de colores otoñales y algunas flotan en el aire. Estamos a mediados de septiembre y he tenido que ponerme un chaquetón guateado con cuello de piel, unos vaqueros de invierno y botas altas. En sentido contrario se acerca un hombre; sopeso si preguntarle si camino en la dirección correcta o no. Me informa de que puedo seguir andando dos o tres kilómetros más o bien tomar un autobús y bajar en la tercera parada. Antes de despedirnos, no puedo contenerme y le pregunto si es normal que haga tanto frío a mediados de septiembre. «Al contrario: para ser septiembre, este año la temperatura es relativamente buena», sonrío el señor, y se encoge de hombros como si pidiera perdón por el clima de su ciudad.

Por el camino compro unas rosas blancas. Luego, tras equivocarme una y otra vez, acabo por encontrar el edificio en el que vive Zayara Vesiólaya. El bloque de pisos se halla en mal estado, la entrada está muy sucia y maloliente, y el ascensor me parece de cartón. Sin embargo llego a mi destino y llamo a la puerta. ¿Cómo será la mujer a la que enviaron a hacer trabajos forzados?

Me abre una señora sonriente, ágil, de piel morena y pelo salpimentado que me invita a pasar. Hasta donde alcanza la vista hay libros, y en las paredes cuelgan obras gráficas y pinturas originales enmarcadas. Zayara Vesiólaya me presenta a su marido, un anciano de barba blanca sentado en el salón que escucha un cuarteto de Schubert; al cabo de unos instantes reconozco *La muerte y la doncella*.

—Nosotras dos nos acomodaremos aquí en el estudio —dice la mujer tras conducirme a una habitación llena hasta el techo de libros y cuadros originales de distintos artistas rusos. Y sonriendo ampliamente de nuevo, me explica—: Muchos de nuestros conocidos son pintores académicos; todo esto son regalos suyos.

Nos sentamos al escritorio frente a frente y mientras ella sirve té de una antigua tetera de porcelana y cubre la mesa con platos con mantequilla, tostadas y caviar, observo las plantas del alféizar de la ventana. Los geranios en flor están dispuestos ingeniosamente de manera que por lo menos en parte tapen la vista, desde ese sexto piso, del interminable número de edificios de paneles prefabricados que los rusos llaman *jruschovki*, refiriéndose al plan de Jruschov de ensanchar Moscú.

Empezamos a degustar las maravillas que Zayara ha servido sobre el escritorio y yo pongo en marcha la grabadora; la anfitriona me sugiere que no la interrumpa durante su narración y que le haga las preguntas al final.

—Fue un viernes. Mi hermana mayor Gaira y yo compramos embutido, queso, salchichas y sobre todo mucho pan. Por supuesto, ¡también vino! Una vez en casa, cubrimos la mesa con un mantel limpio sobre el que dispusimos todas esas delicias que nos podíamos permitir tan solo en raras ocasiones (de otro modo, la beca para estudiantes no nos habría llegado a final de mes), así como tazas y vasos para el vino caliente. Gaira colocó en una botella de leche vacía, que había llenado con agua, una rama primaveral en la que verdeaban varias hojitas de abedul; entonces nos retiramos un poco para deleitarnos con la imagen de esa mesa festiva. La celebración de la defensa exitosa de la tesis de Gaira estaba planeada originalmente para el sábado, pero por algún motivo irracional yo insistí en que la hiciéramos el viernes. Al final me salí con la mía, como si supiera que el sábado sería ya demasiado tarde para todo.

» Aquella noche de viernes de 1949, los invitados empezaron a llegar poco a poco. Gaira y yo estábamos acostumbradas a las visitas. Desde que hacía diez años, en los tiempos de las grandes purgas, arrestaran y después fusilaran a nuestro padre, el escritor Artiom Vesioly, considerado enemigo del pueblo y, hacía unos años, enviaran a nuestra madre a un campo de concentración por ser su esposa, mi hermana y yo vivíamos juntas en una habitación de una *komunalka*, un piso comunal. Y como nuestro hogar estaba en el mismo centro de Moscú, en el barrio de Arbat, por las noches la habitación solía llenarse de estudiantes. Allí se recitaban poemas, principalmente de Mayakovski, que yo me sabía de memoria, y también escuchábamos música y bailábamos. Se servía té y, con él, tostadas y galletas sencillas; no había dinero para más. Salvo que Minka, mi mejor amiga, que vivía en casa de sus padres y disponía de toda la beca para sus gastos, trajera algo para picar.

»Los primeros invitados ya se habían sentado a la mesa, Gaira y yo nos pusimos a preparar el vino caliente. En una olla bien limpia vertimos una botella de vino barato, le añadimos un poco de agua y azúcar, y lo especiamos con canela, clavo, nueces y piel de naranja que habíamos pedido en la frutería y habíamos dejado secar. El elixir hervía desprendiendo un vapor aromático. Los invitados, alrededor de la mesa, aspiraban el aroma dulce y especiado del alcohol con ganas de probarlo.

»La velada transcurría de maravilla, con poesía y baile, y nadie tenía ganas de abandonar la fiesta para volver a su casa, pero el metro solo funcionaba hasta las doce, así que la mayoría de los invitados se levantaron justo antes de medianoche. Se quedaron cinco: además de nosotras, las dos anfitrionas, permanecieron Minka y dos chicos, Oleg y Dima. Cuando se terminó el vino caliente, preparamos té negro, fuerte y dulce. Los que se quedaron tomaron el té entre risas y debates, como si quisieran pasar la noche entera allí charlando, escuchando música y bailando.

»De repente se oyeron unos enérgicos golpes en la puerta.

»El reloj marcaba las dos y cuarto. Gaira y yo nos miramos: así, de madrugada, habían llamado cuando vinieron a buscar a mi madre para detenerla y llevársela.

»Fui a abrir. Al regresar a la habitación, me acompañaban cinco miembros de la policía armada, y detrás de ellos iban el portero y la portera.

»Un policía joven se presentó:

»—Soy el comandante Potápov. —Miró a su alrededor y bromeó—: ¿Estáis celebrando la Pascua?

»A mí no me hizo ni pizca de gracia. ¿Por quién nos tomaba? ¿Acaso éramos unos ancianos para celebrar la Pascua?

—Celebramos que hemos aprobado los exámenes —repuso Gaira.

—Ajá, muy bonito —dijo el comandante—. Y ¿cuál de vosotras es Zayara Artiómovna Vesiólaya?

»El comandante me mostró la orden de arresto.

–Aquello no me sorprendió demasiado; en cambio, Gaira se estremeció.

»–Espere, pero no han venido a buscar a Zayara, ¿verdad? ¡Han venido a detenerme a mí!

»El comandante negó con la cabeza lleno de asombro.

»–Está claro –afirmó Gaira convencida–, se han confundido de nombre.

»–¡No, no! No hay ninguna confusión –la sacó de dudas con determinación el comandante Potápov. Y mientras Gaira seguía empeñada en que tenía que tratarse de un error, el comandante me ordenó que buscara alguna pieza de vestir para ponerme–: No te lleses mucha cosa, solo algo de ropa interior. Lo imprescindible. Sobre todo no olvides un abrigo bien grueso y dinero, si es que lo tienes.

»Me tuteaba. Como a una niña, pensé molesta. Su voz, sin embargo, mostraba solicitud.

»Uno de los invitados, Dima, blanco como el papel, empezó a balbucear que normalmente no frecuentaba esa casa, que aquel día estaba allí solo por casualidad y ni siquiera conocía mucho a las chicas de la casa. Gaira y yo refrendamos sus palabras; nos dio pena. Y nos pareció ridículo. Oleg guardó silencio aterrorizado, aunque seguía los acontecimientos con gran curiosidad. Minka vertió del monedero todo el dinero que llevaba y lo desplazó hacia mí, y al ver que buscaba en vano algo de ropa, se escondió detrás del armario y se quitó primero una camisola de seda que llevaba debajo del vestido y después también las medias nuevas, transparentes según dictaba la última moda.

»–Y ¿cómo volverás luego a casa sola, sin camisola y sin medias? Estamos en abril y por la noche todavía hiela –protesté.

»Pero Minka le quitó importancia.

»–¿Lo tienes todo ya? Pues despídete –dijo el comandante.

»Me fui de casa vestida como para un baile. Llevaba una falda estrecha negra hasta las rodillas, una elegante blusa roja con muchos botoncitos y zapatos de tacón.

»Dos policías bajaron las escaleras conmigo. Los demás, con el comandante al frente, se quedaron en el piso para registrarlo. Yo descendía la escalera con una mano en la barandilla cuando uno de los policías se colocó entre el hueco y yo para que quedara junto a la pared. Me sentía como una espía de una película de detectives a la que se llevaban, y la situación me parecía emocionante.

»Cuando hube salido a la calle pensé en mi madre, a la que un policía también había mostrado una orden de arresto hacía un par de años. Después de la guerra, mi madre había trabajado como enfermera y, una vez, hablando por el teléfono que había en el pasillo del piso comunal, le aconsejó a un paciente: “Intente conseguir penicilina americana; actúa mejor y más rápido que la de aquí”. Uno de los vecinos de la *komunalka* la oyó y la delató. Todas las delaciones iban a misa, no se cuestionaban. El sistema entero se fundamentaba en ellas.

»La declararon culpable de agitación antisoviética y la condenaron a diez años en los campos de trabajo. Cuando me vinieron a buscar a mí, mi madre había cumplido ya sus dos primeros años de condena.

»En la calle estaba aparcado un gran coche negro, el llamado “cuervo”. Me abrieron la puerta y me encontré sentada entre dos policías. El coche atravesó las estrechas calles de Arbat, cruzó la despoblada plaza del Manège y se detuvo en el número 3 de la plaza Dzerzhinski, frente al temible edificio penitenciario llamado Lubianka.

4

–Meses después, en la calle volvía a esperarme un cuervo negro. Me abrieron la puerta y me sentaron entre dos poli-

cías. Seguía llevando la misma falda estrecha y negra hasta las rodillas, la blusa roja con los botoncitos y los zapatos de tacón que me había puesto tantas semanas atrás para bailar en la fiesta. No tenía nada más. El coche salió de la prisión de Butyrka, adonde entretanto me habían trasladado desde Lubianka. El cuervo negro cruzó a todo gas la plaza del Komsomol.

»Una vez en el vagón del tren, me concentré para no ver cómo iba de abarrotado de ruinas humanas que suspiraban y gemían. Me hice la promesa de que hasta Novosibirsk miraría solo por la ventanilla enrejada, y desde allí hasta que llegáramos, hacia el techo. Pensé en Natasha, mi amiga de la cárcel; ¿cómo le iría con su embarazo?

»Durante los días que duró el viaje a Novosibirsk, compuse mi primer poema.

¡No mirar más que por la ventanilla!
Olvidar la sed y las voces tristes,
todo lo que desde ahora queda
excluido, borrado:
el sol que se pone sobre bosques tenebrosos,
un campo de centeno con un pequeño sendero entre las es-
pigas.
Con hierro candente marcaron una cruz,
les negaron la vida; se la enrejaron.

»En el navío de carga que nos llevaba a los presidiarios desde Novosibirsk hacia el norte, al pueblo siberiano al que nos dirigíamos para trabajar, se acercó a mí un joven musculoso con los brazos tatuados.

»—Escucha, ¿sabes qué río es este?

»—Lo sé. El Obi.

»—Correcto. Y ¿hacia dónde fluye?

»—Hacia el norte.

»—Correcto. Desemboca en el océano Glacial Ártico. Y discurre por la taiga siberiana. Y ¿sabes qué será de nosotros?

»-No lo sé.

»-¡Nos pegarán igual que pegaron a los terratenientes! ¡Como a los *kulaks*, nos pegarán en el culo y luego nos destrozarán!

»Dejé de respirar.

»-¿Igual nos fusilan como los fusilaron a ellos?

»En aquel momento se acercó un hombre delgado con un violín en una mano.

»-Me llamo Nikolái Bilétov –se presentó.

»El joven musculoso y tatuado lo miró. Entonces me echó un vistazo y se alejó.

»-¿Es usted violinista?

»-Toco por placer. Soy pintor.

»Nicolái me contó que prefería llevarse a Siberia el violín que un abrigo de invierno. De inmediato sentí confianza por él porque me había ayudado a librarme del chico musculoso. Seguí preguntando y averigüé que tenía treinta y siete años y que desde pequeño había sido perseguido por ser hijo de un sacerdote; conocía todo tipo de campos más allá del círculo polar: el periodo más largo, catorce años, lo había pasado recluido en Kolymá.

»-¿De verdad que nos van a hacer bajar en medio de la taiga y allí nos castigarán o incluso nos fusilarán? Es lo que ha dicho el hombre tatuado.

»-Veremos –repitió varias veces con melancolía-. Veremos, pero sobre todo no debemos caer en el desánimo. ¿Sabes qué llevaba grabado en un anillo el rey Salomón?

»Reflexioné, pero no se me ocurrió nada.

»-Era una inscripción: “También esto pasará...”.

»Después me trajo del bar un puñado de caramelos.

»Me toma por una criatura, me dije agríamente. Me tutea y me trae caramelos.

»Adopté una expresión terca.

»Nicolái Bilétov me miró fijamente sin pasar por alto ninguna de mis expresiones.